



Universidad de Chile  
Facultad de Filosofía y Humanidades  
Departamento de Literatura

Informe de seminario para optar al grado de Licenciado en Lengua y  
Literatura Hispánicas, mención Literatura.  
Seminario de grado: Animales y plantas en la literatura

**De cuerpo a carne: el sujeto animalizado en *Impuesto a la carne***

Luis Alarcón Barrientos  
Profesor Guía: Bernardo Subercaseaux Sommerhoff  
Diciembre de 2020

## Índice

Introducción .....	4
I. Sobre la biopoética y el Posthumanismo.....	10
II. Escrituras y cuerpos fragmentarios.....	16
Testimonios y testimoniantes de la carne.....	19
III. Textos y cuerpos carneados.....	24
Algunas consideraciones finales .....	32
Bibliografía.....	34

*En memoria de D.M.V.*

## Introducción

En el siguiente informe me propongo analizar la novela *Impuesto a la carne* (2010) de la escritora chilena Diamela Eltit (1949- ) a partir de los postulados biopoéticos de la teórica Julieta Yelin con el objetivo de centrarme en cómo se construye una nueva concepción del cuerpo de un sujeto visto no como humano sino como ser viviente, mediante determinadas técnicas literarias y rupturas en la composición y estructura de la obra. En este sentido, la biopoética de Yelin me permitirá abordar esta novela desde una teoría literaria que se aproxima a la escritura en el modo cómo ésta construye un sujeto no antropocéntrico o, dicho de otro modo, biocéntrico, adhiriéndose a una problematización de las categorías históricas de lo humano y lo animal, en la cual el cuerpo se entiende como una zona en disputa, sujeta a reinenciones. La mirada biopoética ha sido usada en numerosas obras de la literatura latinoamericana con rasgos rupturistas de finales del siglo XX, por lo que considero pertinente usarla para analizar la novela de Eltit, autora que a través de la escritura fragmentaria del texto y del complejo entramado de imágenes y acciones que ocurren en la obra, destruye la concepción del cuerpo humano para re-situarlo como una compleja alegoría abierta a distintas interpretaciones.

Diamela Eltit es una profesora de literatura y escritora chilena que comenzó su carrera laboral en Santiago durante la dictadura de Pinochet, ubicándose dentro de las escrituras de resistencia y de la marginalidad de su época, adoptando una postura estética vanguardista capaz de eludir las trabas que ponía la fuerte censura de la época. A nivel literario se ha desempeñado dentro del género narrativo, con novelas muy reconocidas como *Lumpérica* (1983), *El padre mío* (1989), *Los vigilantes* (1994), *Impuesto a la carne* y *Sumar* (2018), y también dentro del género ensayístico, con libros como *Emergencias* (2000) *Puño y letra* (2005) y *Signos vitales* (2007), centrados sobre todo en reflexiones en torno a la literatura y la política. Su obra narrativa es difícil de encasillar al estar escritas desde la vanguardia, pero en ella resuenan, por boca de personajes marginales y fragmentarios, denuncias mordaces a la dictadura y a los gobiernos postdictatoriales que aún conservan herencias subyacentes en las bases de la democracia chilena actual. Luego de varias postulaciones al Premio Nacional de Literatura, ganó esa convocatoria el año 2018; también es ganadora del

Premio Iberoamericano de Letras José Donoso en el año 2010 y de la Beca Guggenheim en el año 1985.

En torno a la novela *Impuesto a la carne*, los estudios han abordado diversas aristas de la obra. Algunos autores, como Iván Rodrigo-Mendizábal, Laura Scarabelli y Dianna Niebylski, han propuesto lecturas desde el contexto histórico en que fue publicada. Al observar el argumento de la novela se evidencia la intencionalidad detrás de la temática tratada, al ser publicada el año en que en Chile se celebraran los doscientos años de la primera junta de Gobierno; la obra narra la vida de dos ancianas bicentenarias, madre e hija, confinadas a permanecer dentro de un Hospital por el resto de sus vidas mientras son sometidas a todo tipo de torturas y robos de sus cuerpos (sus órganos, la sangre) en nombre de la salud pública y del Hospital. Niebylski observa que la alegoría no es muy difícil de descifrar, ya que el trato que sufren las mujeres por obra del Hospital es similar al que practica el Estado sobre el territorio chileno y sus habitantes: “Así como los doctores venden la sangre y los cuerpos de sus pacientes, pieza por pieza” el Gobierno chileno vende los recursos naturales del país al mejor postor, incluso si en el futuro se llega a comprometer la salud de la nación<sup>1</sup>. Según la autora argentina, la novela presentaría una postura contestataria frente a la supuesta libertad e independencia vanagloriada por los medios de comunicación y los miembros del gobierno del 2010, dando voz a personajes marginales a la historia oficial del país que han permanecido acalladas desde el origen independentista; las voces de estas mujeres nos dan a conocer la “dolorosa historia personal y nacional de Chile”, donde las dictaduras y el sistema neoliberal de finales del siglo XX acabaron con las gestas libertarias<sup>2</sup>. A este respecto añade Scarabelli que la situación de estas mujeres se puede vincular con el resto de los países latinoamericanos al retratar las “complejas relaciones de subalternidad y poder, de construcción de la alteridad e intervención del Estado sobre los ‘cuerpos’ de sus ciudadanos”<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> Niebylski, Dianna. “Blood Tax: Violence and the Vampirized Body in *Impuesto a la carne*”. *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, Vol. 15 (2011): p. 114

<sup>2</sup> Rodrigo-Mendizábal, Iván Fernando. “*Impuesto a la carne*: memoria del desastre”. *Perífrasis*. Vol. 6, N°12 (2015): p. 12

<sup>3</sup> Scarabelli, Laura. “*Impuesto a la carne*: hacia una nueva épica de la resistencia”. *Escenarios del Nuevo Mundo. La narrativa de Diamela Eltit (1998-2018)*, Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2018, p. 144.

Sumadas a estas lecturas, tenemos las de Teresa Fallas Arias y Mónica Barrientos, quienes analizan el concepto de cuerpo sexuado y marcado genéricamente, y cómo las protagonistas son oprimidas por parte del Hospital, el cual es visto como una institución patriarcal mientras que los “médicos generales” son esbirros del Sistema. En este sentido, resuena el hecho de que sólo hayan “médicos generales” de género masculino en la novela, mientras que las mujeres son en su mayoría enfermeras subordinadas a los médicos. Para Fallas Arias las protagonistas, al rechazar al patriarca y sus leyes, pueden escribir desde los márgenes con una “escritura antiedípica y anárquica” acusando las experiencias límites que les inflige el sistema de salud público chileno, azotado y subyugado por el sistema neoliberal<sup>4</sup>. El trato que sufren las protagonistas estaría basado en la imposición que la dictadura de Pinochet hizo hacia las ciudadanas, vistas como productoras de futuros obreros y futuros partidarios de las políticas dictatoriales, por lo que se valen de la escritura como medio de resistencia y denuncia de la violencia que sufren por el Hospital/Estado<sup>5</sup>. De modo similar, Barrientos evidencia cómo la escritura o las marcas culturales, históricas, sociales, religiosas y genéricas se *inscriben* en el cuerpo: “la aguda conciencia de corporalidad en *Impuesto a la carne* representa una concepción política de la subjetividad en que el cuerpo femenino se reconoce como material para la subversión y el desacato”<sup>6</sup>; la escritura caótica de las protagonistas se nos presenta como una lucha contestataria frente a la imposición de los médicos generales.

Tanto en las lecturas centradas en el territorio nacional como en las de Barrientos y Fallas Arias, el concepto de cuerpo, minuciosamente tratado en la novela, es extraído de su condición natural y humana para vincularse ya sea con la nación chilena, el territorio geográfico, sus ciudadanos y ciudadanas, o con lo abyecto/monstruoso. La deshumanización del cuerpo de las protagonistas es producto no sólo del sistema hospitalario y del “cuidado médico” marginal que reciben de los funcionarios, sino que también del acto de extirpación de sus órganos y el robo indiscriminado de su sangre; las partes de sus cuerpos son vistas como carne/mercancía necesaria en el sistema mercantil

---

<sup>4</sup> Fallas Arias, Teresa. “Impuesto a la carne: la irrupción de una escritura antiedípica y anárquica, desde la abyección del cuerpo femenino”. *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica*. Vol. 39, n°1 (2013): p. 180

<sup>5</sup> Fallas Arias, Teresa. Op. Citada p.184

<sup>6</sup> Barrientos, Mónica. “Cuerpos anarcobarrocos en *Impuesto a la carne* de Diamela Eltit”. *Hispanamérica*. 126 (2013): p. 14.

neoliberal y que circula tanto legal como ilegalmente. Esta deshumanización/animalización de las protagonistas a causa de la comercialización de su cuerpo no remite sólo a una escena hospitalaria, sino también a una especie de carnicería o laboratorio de animales, en el cual son encerradas, violentadas y *carneadas* para continuar con el proceso productivo-consumista. A partir de lo que plantean estas autoras me propongo profundizar en la mercantilización del cuerpo, entendiéndola como un acto de *carnear* al animal-marginal/humano-mujer en el cual la propia concepción del ser humano se desdibuja debido a la tortura físico-corporal, y a la destrucción de la identidad que sufren las protagonistas al ser privadas de sus órganos.

Los lazos que subyacen a la concepción del cuerpo en *Impuesto a la carne* se encuentran en distintos niveles de lectura, ya sea temático o estructural y estilístico. A primera vista se observa cómo el cuerpo de las pacientes está estrechamente relacionado con sus ideologías y cómo las expresan. Al estar ambas protagonistas, madre e hija, bajo una constante lluvia de insultos y de tratos humillantes por los médicos y enfermeras del Hospital, no sólo por sus rasgos físicos (negras, curiches, etc.), sino que también por su adherencia hacia la ideología anarquista. La violencia que sufren sus cuerpos se vincula con la represión y denostación de sus ideales políticos. Junto a esto, se observa cómo a través del *carneo* de los órganos y de la sangre de las mujeres, sobre todo de la madre, ellas comienzan a perder parte de sus creencias anarquistas, asimilándose o alienándose a los ideales que pregonan los autoritarios “médicos generales”, denominación que apunta oblicuamente a los “generales militares”. El modo cómo son despreciadas tanto por su ideología como por su cuerpo, y cómo la destrucción de sus órganos repercute en sus espíritus anarquistas, refleja que las mujeres sufren una especie de adoctrinamiento, domesticación o amaestramiento a medida que el maltrato físico/verbal y el desgaste de sus cuerpos va en aumento, **van** quedando sin vida, del mismo modo que los animales en contexto de producción cárnica y láctea. Desde esta perspectiva, la destrucción de la identidad del sujeto “humano” a través del deterioro de su cuerpo se entremezcla con el sujeto “animal”, al ser ambos oprimidos y *carneados*.

A nivel estructural la narrativa de Eltit evidencia la destrucción del cuerpo al ser entendido como *corpus*, es decir, texto, escritura. Scarabelli observa cómo la imagen de la

madre-hija representa “el proceso de una verdadera ‘identidad-testimonio’, con todas sus implicaciones hermenéuticas.”<sup>7</sup>; para la estudiosa chilena el carácter inaprehensible, desbordante, similar a un fluir constante, forma parte de la esencia del testimonio. Esta búsqueda escritural por romper con la identidad del sujeto claramente puede leerse en una disputa con la propia condición humana, también difuminada en estas mujeres-testimonio. Respecto a esto señala Barrientos que:

[...] el sujeto se ubica dentro de múltiples posibilidades, como la fuerza de un signo concurrente, siempre abierto al entrecruzamiento con todos los otros signos, lo cual permite pensar la identidad fuera de las codificaciones previstas por discursos disciplinarios, y así poner en duda (o en crisis) las nociones tradicionales, restrictivas y sancionadoras de la identidad como homogeneidad, semejanza y valor.<sup>8</sup>

El cuerpo que idea Eltit en su novela escapa completamente de cualquier categoría tradicional, lo que se traducirá en técnicas narrativas fragmentarias, con oraciones repetitivas y onomatopeyas que provienen del cuerpo/texto de estas mujeres. Con el fin de evidenciar la roturas que se hace de la condición humana, analizaré cómo son utilizadas estas técnicas y en qué medida se vinculan con el *carneo* de las protagonistas.

Al vincular el cuerpo con el concepto de testimonio, cabe evidenciar cómo *Impuesto a la carne* lucha contra las tradiciones literarias, y sobre todo contra los géneros narrativos. Al intentar buscar una categoría genérica de la novela nos encontramos con varias dificultades, pues si bien la obra tiene varias similitudes con la tradición latinoamericana de la novela testimonial, la cual nació de modo contestatario frente a la narrativa canónica “aburguesada”, se observa más como una matización de ésta en vez de una adhesión total a los parámetros clásicos que autores como Mabel Moraña o Hans Paschen han descrito. En este sentido, intentaré deshilvanar y delimitar las características propias de esta novela para luego vincularla con la tradición literaria testimonial, ya sea en sus similitudes o en sus diferencias.

---

<sup>7</sup> Scarabelli, Laura. Op. Citada p. 149

<sup>8</sup> Barrientos, Mónica. Op. Citada p. 14

Respecto a las reflexiones en torno a la condición animal y a la humana me centraré en las propuestas de filósofos posthumanistas como Nietzsche, Foucault, Derrida, entre otros, que discuten sobre la llamada “cuestión animal”, proponiendo la necesidad de construir un paradigma no antropocéntrico que regule las relaciones entre lo humano con lo viviente (animales, plantas, etc.). Esta idea surge a partir de la caída de varios metarrelatos construidos desde el Renacimiento (Descartes, Kant, Marx, Sartre) que han permanecido con fe absoluta hacia el poderío del ser humano, visto como medida del mundo y del universo. Gracias a las denuncias y críticas mordaces del Posthumanismo, la visión de mundo antropocéntrica ha sido tildada de artificial y arbitraria, permitiendo, por un lado, la deconstrucción de los elementos que conforman nuestra concepción de lo humano y de lo animal, y por otro lado, la apertura y búsqueda de una especie de biocentrismo, donde sea lo viviente aquello que nos vincule con los demás seres que pueblan el mundo.

Considerando lo anterior, ¿puede acaso afirmarse que la novela de Diamela Eltit representa un proceso de alienación de un ser viviente, llevado a cabo a través del saqueo de su cuerpo, entendido ahora como carne, de modo similar a como son tratados los animales en las industrias ganaderas?, ¿en qué medida este proceso conlleva una ruptura narrativa con respecto a la novela testimonial?, ¿puede acaso vincularse el análisis propuesto sobre los límites de la animalidad y la humanidad a una indeterminación o animalización del sujeto, que permite vincular la novela al debate actual sobre la instalación de un paradigma no antropocéntrico?

## I

### Posthumanismo y biopoética

La llegada del siglo XX trajo consigo nuevas cosmovisiones dentro de las sociedades desarrolladas que se erigían desde el avance científico-tecnológico y la influencia directa del sistema económico capitalista, ya establecido en numerosas naciones consideradas avanzadas. Al hurgar y analizar las relaciones que se formaron entre las sociedades y los individuos notamos cómo se fueron instalando metarrelatos que calaron profundamente el espíritu de los sujetos modernos, como el Progreso tecnológico, el desarrollismo o el sueño americano, los cuales tienen en común la centralidad del ser humano en los movimientos económicos, políticos e incluso ecológicos.

Tanto las grandes potencias mundiales como los países llamados “en desarrollo”, como los latinoamericanos, fueron moldeándose a estos metarrelatos gracias al proceso de globalización, pero fue a finales de siglo cuando comenzaron a evidenciarse las rupturas en las bases que sustentaban la sociedad moderna. El desarrollo tecnológico ya no era visto con buenos ojos, al ser el causante de un irreparable ataque al ecosistema que hará peligrar el futuro de todos los seres vivos; las promesas de la Ilustración y el marxismo fueron puestas en duda; e incluso el cristianismo cada vez perdía más credibilidad. Lentamente el humanismo, la base de todas estas narrativas, se fue develando como un antropocentrismo donde el Hombre se situaba a sí mismo en una “supuesta soberanía ‘natural’” que le permitía someter sistemáticamente a todo ser vivo y a la naturaleza en beneficio de algunos sujetos considerados humanos<sup>9</sup>. Fueron los derrumbes de las narrativas fundacionales de las sociedades modernas contemporáneas, así como el evidente desastre ecológico mundial producto de la mano del Hombre, los que incidieron en el cuestionamiento del antropocentrismo y en una revisión de la condición humana: nos encontramos en un contexto mundial “que estimula la reflexión sobre el rol y significación de la condición humana, un contexto que ha llevado a revisar una tradición filosófica en

---

<sup>9</sup> González, Anahí Gabriela. “Cuerpos (animales) que importan. Apuntes provisorios sobre la muerte del Hombre” *Anacronismo e irrupción*. Vol. 8, n° 15 (2018): p. 35.

que la autopercepción de lo humano se contrapone a la percepción de lo animal”<sup>10</sup>. De este modo, el ser humano se extirpó de ese plano cuasi divino donde se había situado, iluminado con su grandilocuente racionalidad, retornando a su condición de animal-terrenal para recuperar el vínculo que teníamos no sólo con la Tierra, sino con los demás seres vivientes del planeta, invisibilizados hasta entonces por el pensamiento moderno.

A partir de este contexto de profundas críticas a las bases que sostenían el pensamiento moderno surgen corrientes filosóficas que se sitúan frente al humanismo y su visión antropocéntrica del mundo, donde el ser humano se establece como Ley y Orden. Estas filosofías se encuentran dentro de lo que Cary Wolfe denomina Posthumanismo, descrito como “un modo de autoconciencia histórica que abandona la presunción de la soberanía humana y de su arrogancia de ocupar un lugar destacado y único sobre todo lo viviente”<sup>11</sup>, donde la apertura de la visión “humanocéntrica” y la ampliación de nuestra empatía hacia los demás seres que no forman parte de “nuestra especie” son el pilar fundamental de una nueva forma de coexistencia con el planeta. También Wolfe hace una diferenciación entre el Posthumanismo crítico y aquél que está vinculado al transhumanismo, corriente más ligada al discurso tecnocientífico que cree en la perfectibilidad del ser humano mediante la intervención tecnológica, aunque esta concepción cae fuera de este análisis al alejarse del llamado giro animal y del área literaria. A esta concepción cabría añadir ciertos matices, como que la intersección entre el Posthumanismo y el postantropocentrismo dan a luz a la teoría crítica posthumana, pues ésta mezcla la crítica al ideal humanista occidental del “Hombre”, como su ratio universal, y el rechazo a la jerarquización de las especies y el excepcionalismo humano, respectivamente<sup>12</sup>.

Esta crítica a las categorías de lo humano y de lo animal, sin embargo, no radica netamente en la discusión sobre los derechos animales y los postulados de los movimientos veganos/vegetarianos. Al ser entendidas como categorías, se vislumbra la asignación forzada que los grupos de poder hacen de la categoría de “humano”, entendido como sujeto privilegiado, y de las de subhumano, animal y el mundo vegetal<sup>13</sup>. Esta crítica

---

<sup>10</sup> Subercaseaux Sommerhoff, Bernardo. “Perros y literatura: condición humana y condición animal” *Atenea*. 509, (2014): p. 44

<sup>11</sup> Subercaseaux Bernardo. Op. Citada p. 50

<sup>12</sup> González, Anahí. Op. Citada p. 36

<sup>13</sup> González, Anahí. Op. Citada p. 50

entremezclada del Posthumanismo y el postantropocentrismo evidencia los sistemas de poder que subyacen a las categorías de lo humano y de lo animal, quitando el carácter esencialista dado por el humanismo para situarlo dentro del campo de las construcciones sociohistóricas cuyo fin es netamente político.

Una vez abierta esta puerta hacia nuevos horizontes de lo que concebimos y aprehendemos como humano y animal, los panoramas disparan una variedad de perspectivas. Derrida, por ejemplo, declara que no podemos hablar de “lo animal” como “un universal abstracto que apunta a todo lo viviente no humano”, ya que esto invisibilizaría todas las multiplicidades de la vida animal que existen no sólo entre las miles de especies, sino también de aquellas que existen dentro de cada especie<sup>14</sup>: cada individuo “animal”, al igual que los individuos “humanos”, son únicos e inimitables. Mediante esta reflexión en torno al lenguaje el filósofo francés evidencia la violencia que homogeneiza o normaliza la inmensa población de seres vivientes no humanos dentro de una categoría que históricamente se ha observado como carente de lo humano y, por ello, inferior y peligrosa. Esta normalización de los cuerpos no humanos carentes y peligrosos se llevaría a cabo de modo similar a como Foucault describía los centros de disciplinamiento de las sociedades, salvo que en este caso los sujetos son encerrados para ser “animalizados” en granjas industriales, zoológicos, circos y laboratorios, para luego ser utilizados por la clase dominante: “los humanos”. Por ello nuestro enfoque no debería ser la definición o ampliación de los límites de estas categorías, sino que hay que “abordar dichas ficciones (el humano, el animal, etc.) como principios políticos de normalización de los vivientes”, y ver al “Hombre/Humano” como el opresor que somete y sujeta los demás cuerpos vivientes<sup>15</sup>.

Ahora bien, el abordaje que podamos darle a esta discusión desde el lenguaje y la literatura es bastante amplio, pues ya en la propias palabras “animal” o “humano” encontramos algún tipo de violencia. Podríamos optar por la postura de Oliver, que hace una diferenciación entre los “animales no humanos” de los “animales humanos”, donde el sustantivo es el animal, y el adjetivo lo humano<sup>16</sup>, pero esto deja fuera una oportunidad de una transgresión aún mayor que otros discursos, como el literario, pueden provocar; como

---

<sup>14</sup> Subercaseaux, Bernardo. Op. Citada p. 49

<sup>15</sup> González, Anahí. Op. Citada p. 43

<sup>16</sup> Subercaseaux, Bernardo. Op. Citada p. 51

señala Subercaseaux: “la palabra y el lenguaje literario ocupan un lugar de privilegio en el desocultamiento de los espacios más íntimos y recónditos de la condición humana, y de sus modos de estar en el mundo.”<sup>17</sup>. Esta perspectiva política y filosófica de la literatura está presente en las reflexiones de Julieta Yelin, estudiosa argentina del debate filosófico actual posthumanista y su vinculación con la literatura, cuyas obras, como su libro *La letra salvaje: ensayos sobre literatura y animalidad* (2015), giran en torno a cómo los postulados posthumanistas, que critican los pilares de “lo humano” y “la animalidad”, se traducen en textos literarios, e incluso va más allá, al posicionar la literatura de autores como Franz Kafka o Clarice Lispector como antecedentes de dichas reflexiones filosóficas. Según ella, esta literatura vanguardista no reflexiona explícitamente, con una tesis clara y argumentos que se desarrollan junto a la trama de la historia y el desarrollo de los personajes, como lo haría una novela de tesis naturalista, sino que a través de lo literario propiamente tal (estructura de la obra, estilo, indeterminación de la voz o de las voces, etc.) estos autores rompen con la concepción antropocéntrica que tenemos del pensar literario. En este sentido, Yelin acuñó el concepto de Biopoética, vinculando las reflexiones posthumanistas (foucaultianas sobre todo) y la teoría literaria con el fin de reflexionar en torno a una nueva visión de lo viviente y en cómo existe una vinculación estrecha entre la vida, el cuerpo y la escritura con la búsqueda por un paradigma no antropocéntrico, ya que sería a través del quehacer literario donde se desdibujarían estos márgenes rígidos de la “animalidad” y la “humanidad”, permitiendo leer el mundo con “los ojos del cuerpo”<sup>18</sup>. De este modo, la autora aleja a la literatura de su carácter autorreflexivo en tanto arte que se refleja a sí mismo, para situarla como un modo singular de producir pensamiento.

En este sentido, la autora observa cómo en los estudios animales más recientes se ha reflexionado en torno a transformaciones, reescrituras o reelaboraciones de conceptos metafísicos a través de producciones estéticas asociadas, según la tradición, “al dominio de la fantasmagoría, el sueño o la expresión subjetiva”<sup>19</sup>, rescatando ese lugar de enunciación “individual o personal” que suele ser ignorado o banalizado por los discursos oficiales. La

---

<sup>17</sup> Subercaseaux, Bernardo. Op. Citada p. 44

<sup>18</sup> Yelin, Julieta. “Leer y escribir la vida. Aproximaciones a una perspectiva biopoética.” *Literatura: teoría, historia, crítica*. Vol. 21, N°1 (2019): p. 326.

<sup>19</sup> Yelin, Julieta. “Sobre la literatura de animales. Apuntes para una crítica indisciplinada” *Revista Latinoamericana de estudios críticos animales*. Vol. 1 (2015): p.20.

producción literaria que interesa a Yelin estaría ubicada en los márgenes, en las vanguardias de autores europeos como Franz Kafka, y de latinoamericanos como Mario Bellatín, César Aira, Clarice Lispector y Diamela Eltit. Se trata de autores y obras donde lo que prima no es el contenido o tema usado como materia prima de lo literario, sino en las técnicas, en la construcción íntegra que da cuenta de una ruptura en la concepción tradicional de algún discurso, ya que, al asimilar la vida con el texto, afirma que cada texto/vida crea sus particulares modos de relación con la “realidad”, pero “siempre a partir de una relación conflictiva con el sentido”<sup>20</sup>. De este modo la teórica argentina rompe con la ligazón entre la literatura con lo corporal-humano, quebrando el límite del paradigma antropocéntrico, para abrir el texto a lo corporal-viviente, a “un campo de experimentación, sujeción y resistencia”, tensionando el concepto de vida mediante expresiones literarias rupturistas, ambiguas, ambivalentes e inclasificables desde el punto de vista de la tradición<sup>21</sup>. Respecto a la elección de esta teoría para analizar la novela *Impuesto a la carne*, ésta nace por influencia directa de Julieta Yelin, pues ella misma ha señalado en determinadas ocasiones que en esta novela Eltit explora las fronteras de la animalidad a partir de su narrativa rupturista vinculada al cuerpo, y a la resistencia del texto frente a la institucionalidad literaria tradicional, la cual podemos señalar de antropocéntrica. No sólo el argumento de la novela puede ser visto como una alegoría de la explotación de los animales dentro de la industria cárnica, siendo la extirpación constante de órganos o *carneo* la piedra fundamental que rompe las fronteras de lo animal y lo humano al causar la alienación de las protagonistas, sino que también la narrativa fluctuante, basada en el intento de construir un testimonio marginal situado como un cuerpo/texto de resistencia frente a la Oficialidad histórica, patriarcal, dictatorial, hospitalaria, antropocéntrica, ganadera y cárnica en toda su extensión.

La influencia que tienen en la biopoética la biopolítica foucaultiana y su estudio que hace del papel de la Institución dentro del proceso de alienación de los cuerpos vivientes, la relación entre cuerpo y literatura/texto, y la literatura entendida como un modo de pensamiento desarticulador de las ideas arraigadas en el pensamiento moderno, nos permite analizar los medios a partir de los cuales *Impuesto a la carne* hace una denuncia de la

---

<sup>20</sup> Yelin, Julieta. “Sobre la literatura de animales” Op. Citada p. 24

<sup>21</sup> Yelin, Julieta. “Leer y escribir la vida”. Op. Citada p. 327

deshumanización que sufren los cuerpos marginales sometidos a un *carneo* continuo que es necesario (o se cree necesario) para el correcto funcionamiento y el progreso de las instituciones. Se apunta así al Sistema económico y político neoliberal-autoritario, el cual depreda a los sujetos, por un lado, con el fin de lucrar con sus cuerpos hechos mercancías cárnicas y, por otro lado, para someterlos y silenciar sus voces disidentes a las ideologías hegemónicas. La biopoética evidencia cómo Eltit nos presenta un testimonio de resistencia no de una persona, sino de un ser ambivalente, a veces humano y a veces animal, que nos hace replantearnos los conceptos antropocéntricos que denuncia el Posthumanismo y la cuestión animal. Por ello tomaremos como base la vinculación que hace Yelin del cuerpo con la literatura y el texto para reflexionar en torno al concepto de testimonio que deambula durante toda la novela de Eltit.

## II

### Sobre textos y cuerpos fragmentarios

La estructura de la novela *Impuesto a la carne* dista mucho de ubicarse en la categoría de novela corta o *nouvelle*, a pesar de tener una extensión similar. La narración que a primera luces se ve rupturista no responde solamente a una elección estética de la autora, sino que está profundamente entramada con los personajes, el mundo construido y con las reflexiones en torno al cuerpo y a la carne de las protagonistas, por lo que observaremos en primera instancia algunos aspectos vinculados al argumento de la obra.

La protagonista y narradora de *Impuesto a la carne* es una hija que vive con su madre en un hospital, aislada del resto de personas que habitan la nación chilena. Su madre, posterior al nacimiento de su hija, quedó dentro de ella, incrustada en el interior de su pecho, por lo que ambas viven y sufren tanto de manera individual como en conjunto. La narración cuenta la historia de estas dos mujeres enfermas crónicas que están sometidas a un sinnúmero de tratamientos y cuidados médicos violentos dentro de la institución del Hospital, la que atenta contra su integridad corporal/psíquica; la hija, en la primera página de la obra, resume no sólo la violencia que estas mujeres sufren dentro del Hospital, entendido como un lugar de muerte, enfermedad y encierro, sino que también nos señala que las páginas siguientes constan de “ciertos fragmentos” que ellas pudieron legar, ya que la historia les infligió una “puñalada en la espalda”<sup>22</sup>.

Formalmente la novela consta de sesenta y tres apartados o fragmentos (187 páginas en la edición que ocupo) que van narrando con cierto orden las torturas que sufren estas dos mujeres, junto con algunas reflexiones respecto al sistema hospitalario: los médicos, las enfermeras, los *fans* y las pacientes. Cada fragmento tiene una extensión que puede variar entre una hasta cinco o seis páginas, y se encuentran separados, sin un título que los diferencie entre sí, por un extenso espacio en blanco. Esta disposición de los fragmentos no se presenta como una mera formalidad que carezca de sentido estético literario, pues la

---

<sup>22</sup> Eltit, Diamela. *Impuesto a la carne*. Santiago de Chile: Seix Barral. 2010. P. 9

autora bien pudo haber separado los fragmentos por asteriscos como lo han hecho otros autores que se adhieren a la estética fragmentaria.

Vicente Luis Mora, quien hace una pequeña revisión del fragmento literario en la narrativa hispanoamericana, presenta el caso de la novela *Así empieza lo malo* del autor español Javier Marías, la cual consta de una gran cantidad de fragmentos de tres o cuatro páginas separados por una página en blanco, separación que no responde a una necesidad argumental de la novela, sino más bien a una opción estética, pues el autor ha querido introducir un silencio en cada “microescena”, enfatizando de este modo las cosas que se dicen en cada una y dándole un respiro reflexivo al lector<sup>23</sup>. Si bien esta postura estética no responde a la de Eltit, pues como más adelante señalaremos sí existe una vinculación del fragmentarismo de la novela con su argumento y el mundo descrito, cabe destacar que esta disposición del corpus literario responde a un mensaje de la novela, ya que estos *silencios* que representan los espacios en blanco se replican de algún modo en gran cantidad de digresiones, repeticiones de frases, de temas, que se encuentran a lo largo de toda la obra.

Para evidenciar esto, analizaremos cómo se desarrolla el tema/motivo/imagen/episodio del nacimiento de las mujeres, el cual opera de forma pausada en varios fragmentos, con una gran cantidad de digresiones sobre el sufrimiento de las protagonistas, de la violencia de los médicos, o sobre reflexiones en torno al cuerpo, al pasado y al futuro de la madre/hija, además de una gran cantidad de frases y quejas que van repitiéndose constantemente (cuando la hija se pregunta cuanto tiempo ha pasado: “¿hace cuánto?, ¿unos doscientos años?” o cuando la madre le dice/grita a su hija que es tonta: “Eso te pasó por tonta, dijo mi mamá, consumida por un tipo extrañísimo de alergia y de fatiga”<sup>24</sup>, “Ella me decía: No seas tonta, no seas tonta. O me repetía, con una monotonía abrumadora: Eres tonta, eso es lo que eres, tonta”<sup>25</sup>). El tema del nacimiento comienza en el segundo fragmento, cuando la hija cuenta cómo desde que nacieron fueron maltratadas y aisladas por los médicos, pero termina el fragmento reflexionando sobre la soledad que comparte con su madre. En el tercer fragmento narra sobre cómo se encuentran entre pacientes

---

<sup>23</sup> Mora, Vicente Luis. “Fragmentarismo y fragmentalismo en la narrativa hispánica”. *Cuadernos Hispanoamericanos*. 783 (2015): p. 98

<sup>24</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada, p. 39

<sup>25</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada, p.55

enfermos, vuelve a hablar sobre la soledad y cerca del final retoma nuevamente la historia del nacimiento, hablando del primer médico que las atendió: “un médico blanco, frío, metálico, constante. Eso me dijo mi mamá: Un médico frío, metálico, constante. Blanco.”<sup>26</sup> Ese médico, que en unos fragmentos más adelante será llamado “el médico fundador (del territorio)”<sup>27</sup>, trató de forma despectiva a la madre y “la desgarró hasta que le causó un daño irreparable”, ignorando el profundo dolor de la mujer; de este modo narra la hija cómo su madre le contó “con una precisión documentalista” el procedimiento que las condenó a estar solas en el mundo<sup>28</sup>. El cuarto fragmento comienza con una reflexión sobre la soledad y el maltrato de los médicos y de los *fans* para luego retomar la figura del primer médico, profundizando respecto al desprecio que éste sentía hacia la madre y su sangre hemorrágica, que era más abyecta que ellas mismas<sup>29</sup>. El quinto fragmento cuenta el procedimiento que le hicieron a la hija una vez que nació para medirle la cabeza con un metal helado, “sospechoso, tóxico” y sobre cómo la hija no paró de llorar por una semana, desatando la ira de los médicos: “[...] Según mi madre (ella miente o exagera o escamotea la cronología de los sucesos cuando le conviene), fui yo la que indujo al médico con mis chillidos, yo la que luchó por desencadenar un principio abstracto y letal para nosotras [...]”<sup>30</sup>. El sexto fragmento trata sobre las relaciones familiares distantes que estas mujeres tenían, y cómo fueron aisladas por ellos. Y, nuevamente, en el fragmento séptimo, retoman el caso del médico, y la hija observa cómo el hospital donde su madre tuvo el parto y sufrió la hemorragia fue completamente demolido y borrado de la historia, “lavando así la integridad médica” que se vio manchada por la incompetencia del médico fundador<sup>31</sup>.

Si bien una lectura superficial de la novela evidencia los elementos fragmentarios de su discurso, quisiera hacer hincapié en cómo la narración de algunos eventos relevantes, tanto para el argumento y el mundo de la novela como para el desarrollo de los personajes, es constantemente interrumpida, ralentizándose a causa de estas digresiones y frases hechas, además de la disposición de los capítulos/fragmentos que señalamos más arriba. Este uso del fragmento que posee la obra es similar al que estudia Mora, pues cada uno de los

---

<sup>26</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada, p.13

<sup>27</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada, p.25

<sup>28</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada, p.13

<sup>29</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada, p.16

<sup>30</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada, p.18

<sup>31</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada, p.21

sesenta y tres fragmentos vincula su autonomía al encaje discursivo en una estructura narratológica más amplia mientras conserva su valor individual<sup>32</sup>. Esta estructura narratológica correspondería al anhelo (utópico) que tiene la hija de denunciar la violencia que sufre con su madre en el Hospital:

Me gustaría derribar los movimientos ilusos y retardatarios de los fans.  
No se puede, no se puede. Porque los fans sostienen. Sí, sostienen.  
¿Qué sostienen los fans?  
El país, la patria, la nación. Ellos sostienen a los hospitales. [...]  
Entraré en mi cuerpo como en un libro para transformarlo en memoria.  
Quiero preparar mi cuerpo para convertirlo en una crónica urgente y desesperada. Dejaré abiertas zonas para la interpretación y no vacilaré en denunciar mis debilidades y hasta mis abyecciones.<sup>33</sup>

Esta declaración de la protagonista, sumada a otras que realiza en determinados fragmentos, nos permiten hacer una aproximación genérica de la novela, categorizándola de modo tentativo ya sea con la crónica literaria o con la novela de testimonio. Por otro lado, si analizáramos la estructura narrativa de *Impuesto a la carne* ignorando las declaraciones de la protagonista, podríamos introducirla en la categoría de novela *implicadamente fragmentaria* de Frank Kermode, citado por Mora, las cuales construyen su fragmentariedad en relación con otros fragmentos o con un “todo”<sup>34</sup>. El mero uso del fragmento, medio artístico representativo de la crisis y de la complejidad de nuestros tiempos, “implica la marca de una pérdida, la señal de una ausencia, la constatación de que allí donde se oyó una voz ahora se escucha el silencio”<sup>35</sup>. Este silencio, expresado a través de la disposición de los fragmentos, del discurso literario, de las digresiones y de las frases hechas que plagan el texto, encuentra su origen en la concepción rota, fragmentaria del cuerpo/texto de las protagonistas, quienes ven tanto en su carne como en sus escritos una puerta hacia la denuncia y la crítica del sistema hospitalario y su Historia.

---

<sup>32</sup> Mora, Vicente. Op. Citada, p. 93

<sup>33</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada, p.129

<sup>34</sup> Mora, Vicente. Op. Citada, p. 94

<sup>35</sup> Mora, Vicente. Op. Citada, p.102

## El testimonio de la carne

Uno de los ejes centrales de la novela *Impuesto a la carne* radica en la necesidad o urgencia que tienen las protagonistas de denunciar los crímenes y los horrores que producen los agentes del Estado/Hospital/Patria, tanto a ellas como a las demás enfermas. A lo largo de toda la obra se ven distintas declaraciones políticas de la hija por propagar la “trastienda de la historia” a través de sus escritos, estos “fragmentos” que fueron legados y que cuentan la vida de estas mujeres. En este sentido, hay un fuerte vínculo entre la fragmentariedad del texto que señalamos en el apartado anterior con esta potencia testimonial y, posiblemente, con una vinculación de esta novela con el género de la novela de testimonio.

No son pocas las alusiones que hacen las protagonistas a distintos tipos de escrituras de denuncia social o que construyen una crítica a partir de las vivencias personales de un hecho histórico, como pueden ser las crónicas (“Eso lo contaré con lujo de detalles, cuando complete la versión de esta crónica marginal que podrá resultar (en todos los sentidos) prescindible.”<sup>36</sup>. “Sólo intentamos, de manera pausada o solapada, escribir la crónica más ardiente de la postergación.”<sup>37</sup>), las memorias (“Entraré en mi cuerpo como en un libro para transformarlo en memoria.”<sup>38</sup>. “Voy a escribir la memoria del desvalor.”<sup>39</sup>) o los testimonios (“Me he propuesto ser muy cuidadosa y realista en cada una de mis afirmaciones porque quiero dejar como regalo a la humanidad o a un fragmento irrisorio de la humanidad uno de los testimonios más concretos o certeros acerca de nuestra historia”<sup>40</sup>). La hija es consciente del poder que tiene la palabra y sobre todo las palabras que ellas, mujeres bicentenarias y anarquistas, pudieran decir sobre los métodos violentos de los médicos o sus fracasos y encubrimientos, por lo que el Hospital hace todo lo posible por borrar y ocultar los testimonios de estas ancianas. En un fragmento, por ejemplo, la hija dijo “algo tenue” sobre un médico que era considerado un héroe o “un prócer” y “sus fans

---

<sup>36</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada p. 133

<sup>37</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada p. 172

<sup>38</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada p. 129

<sup>39</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada p. 156

<sup>40</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada p. 32

se ahogaron en medio de espasmos de terror y todo el gremio” la trató de una forma “más que vengativa”<sup>41</sup>.

Esta persecución de la “trastienda de la historia” que se presenta de un modo exagerado, por no decir absurdo, refleja la profunda marginalización que sufre la voz de la protagonista por parte de los médicos, aunque también por parte de su madre, en quien pareciera haber calado el espíritu patriota/hospitalario o bien sólo intenta proteger a su hija y a ella misma:

Mi madre acude a una retórica o a una franca demagogia para controlar mis anhelos de justicia. Ella construye una montaña de argumentos para después dispersar un conjunto desmoralizante de amenazas. Se ampara en una lógica científica que no podría ser refutada-- cuando dice en un tono severo (enfático y severo): Y qué te importa a ti que vendan nuestra sangre, ese no es asunto tuyo o mío, cierra la boca y deja que la vena se hinche para facilitarle el trabajo a la enfermera. [...]Me vas a matar, me vas a matar, me dice mi madre anciana y senil. Lo dice para que yo no piense en la venta de nuestra sangre, [...]. Y lo dice, especialmente, para que no intente distribuir mis escritos. Me vas a matar, repite.<sup>42</sup>

La hija es consciente de esta situación panóptica en la que se encuentra, por lo que en ocasiones se presenta desesperanzada respecto a sus escritos: “Jamás van a ser públicos nuestros secretos, ni las maquinaciones, porque cuando nosotras (mi madre y yo) estemos muertas, pero muertas de verdad, no como ahora, ellos van a destruir mi documentación, harán polvo mis escritos...”<sup>43</sup>. Cabe destacar sobre esta cita que los escritos de la hija serán hechos “polvo”, lo cual resuena fuertemente con el final de la novela, cuando la última imagen que ella visualiza de su cuerpo es polvo: “Nuestros huesos cupríferos serán molidos en la infernal máquina chancadora. El polvo cobre del último estadio de nuestros huesos terminará fertilizando el subsuelo de un remoto cementerio chino.”<sup>44</sup>

Ahora bien, esta dimensión marginal de los escritos de denuncia de las protagonistas tiene grandes similitudes tanto con la crónica literaria como con la novela testimonial, pues ambos géneros tienen su origen en el propósito de darle voz a personas marginadas por el discurso oficial. Respecto a la primera, Palau-Sampio nos presenta diversas miradas sobre

---

<sup>41</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada p. 38

<sup>42</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada p. 60-61

<sup>43</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada p. 86

<sup>44</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada p. 187

la crónica literaria, como la de Cristoff, quien la identifica con “formas breves, cercanas al ensayo o a la pieza literaria” y que tratan cuestiones “entre los márgenes, los fenómenos de la cultura popular y los temas engañosamente menores” en tono irónico.<sup>45</sup> A esto añade la autora que en la crónica literaria el autor o la autora se convierte en “observador privilegiado que toma un rasgo de la actualidad como excusa, como punto de partida o recurso accesorio —no como un objetivo en sí mismo— para trascenderlo, para desplegar su prosa en un texto que aspira a captar el espíritu del tiempo, en una línea ensayística próxima al articulismo de opinión”.<sup>46</sup> Según esto, podríamos decir que *Impuesto a la carne* nacería de un impulso de la autora por criticar el bicentenario de Chile a partir de esta alegoría de las mujeres, como ya lo habían señalado Niebylski y Rodrigo-Mendizábal. Sin embargo, preferiría ahondar en el género o sub-género de la novela de testimonio, sobre todo por su carácter vanguardista y por su relación confrontacional con la historia oficial, a diferencia de la crónica, que es más bien un género periodístico-literario.

Los motivos que gatillaron la proliferación de novelas testimoniales o de testimonios tiene una clara semejanza con el argumento de *Impuesto a la carne*, pues las escrituras de las mujeres responden a las mismas urgencias que motivaron a los escritores a darles voz a personas testimoniadas del siglo XX en América Latina, época en la cual sectores sociales tradicionalmente marginados del poder político y económico se activaron, permeando en el campo literario de diversos países<sup>47</sup>. De este modo surgió la literatura testimonial, la cual constaba inicialmente de testimonios recogidos por autores que luego “literaturizaban” aquello que los testimoniados les narraran; Moraña observa que esto plantea distintas problemáticas, como “la legitimación de los discursos no dominantes, su funcionalidad y articulación en los distintos niveles de la sociedad civil, así como la necesidad de historificar el concepto de cultura nacional de acuerdo a las variables mencionadas”<sup>48</sup>. Estos testimonios escritos por sujetos marginados por la institucionalidad, y a veces por el Estado, tienen fuertes resonancias con la historia de la madre/hija eltiniana, aunque si quisiéramos encasillarla dentro de la narrativa testimonial sería con las matizaciones que

---

<sup>45</sup> Palau-Sampio, Dolors. “Las identidades de la crónica: hibridez, polisemia y ecos históricos en un género entre la literatura y el periodismo”. *Palabra Clave*, 21 n°1 (2018), p. 203

<sup>46</sup> Palau-Sampio, Dolors. Op. Citada p. 211

<sup>47</sup> Moraña, Mabel. “Documentalismo y ficción: testimonio y narrativa testimonial hispanoamericana del siglo XX”. *Momentos críticos: literatura y cultura en América Latina*. Bogotá: Universidad de los Andes, 2019, p. 89

<sup>48</sup> Moraña, Mabel. Op. Citada p. 90

existen en ella, como por ejemplo las “narraciones de impulso testimonial”<sup>49</sup> ya que, a diferencia de la mayoría de las novelas de testimonio analizadas por Moraña, *Impuesto a la carne* no presenta un narrador/testimoniante “real” ni tampoco hubo un acto de enunciación “real”, características claves para diferenciar este tipo de obras de la ficción tradicional<sup>50</sup>.

Estas condiciones sobre la existencia “real” de los participantes de la enunciación del testimonio y, por consecuencia, de la verosimilitud de los hechos narrados no imposibilitan de modo alguno la adhesión de esta novela al género testimonial, aunque sea dentro de una de sus matizaciones. Hasta el momento cuando escribo esta investigación, ignoro si Diamela Eltit ha declarado públicamente que esta novela fue inspirada por algún testimonio que haya recogido, lo que es posible, ya que la autora ha trabajado con pacientes psiquiátricos en el pasado (recordemos su novela *El padre mío* o *El infarto del alma*). Antes que especular sobre la veracidad del testimonio, quisiera centrarme en las similitudes que hay entre la voz de las protagonistas con el yo-narrador del testimonio, el que surge en sus textos como una “una extensión de la colectividad y no como una sustitución de ésta, proponiendo una especie de totalidad sin centro”<sup>51</sup>. Es evidente la dimensión alegórica de la madre/hija en la novela, pero uno de los motivos por los cuales sus fragmentos resuenan es porque representan la colectividad de la sociedad chilena, aquella que fue ignorada y borroneada de la historia oficial. En este sentido, no podemos afirmar taxativamente que esta novela responde al género testimonial, pues dentro de la propia ficcionalidad la obra se concibe a sí misma como genéricamente inaprehensible.

Al profundizar en las protagonistas de la novela, entendidas como testimoniante/autoras de su propia historia, nos vamos percatando de cómo se construye una estrecha relación entre sus cuerpos con sus escritos y, a la vez, entre la violencia que sufren o el *carneo* con la fragmentariedad del texto. Para entender esto definiremos sucintamente que clase de *carneo* sufren las protagonistas de la novela, y observaremos el proceso de animalización que esto conlleva.

---

<sup>49</sup> Moraña, Mabel. Op. Citada p. 91

<sup>50</sup> Paschen, Hans. “La ‘novela-testimonio’ – rasgos genéricos”. *Iberoamericana* (1977-2000). N°3/4, 51-52 (1993): p.43

<sup>51</sup> Moraña, Mabel. Op. Citada p. 116

### III

#### Textos y cuerpos carneados

Carnear, según el Diccionario de la real academia, significa “matar y descuartizar a un animal para aprovechar su carne”<sup>52</sup> en países como Chile, Perú, Argentina, México, entre otros. Este proceso, bastante común de observar en carnicerías o de lleno en fábricas cárnicas, resuena por su sistematización y técnica, puesto que no se lleva a cabo con crueldad ni con odio hacia el animal, sino con plena frialdad y precisión con el fin de “aprovechar” la carne del animal. Este medio de despojar al animal de su cuerpo/carne es plasmado de modo claro tanto en la venta de la sangre de las mujeres (“Yo estoy segura de que las enfermeras venden nuestra sangre, pero dónde o ante quién podría denunciar esta irregularidad o esta franca tropelía.”<sup>53</sup>), pero también en varios episodios en los que son los órganos de las personas sometidas al Hospital quienes sufren el carneo. En un fragmento la hija huye temporalmente del hospital porque se harta de estar encerrada y decide abandonar a su madre, desanudándola de su cuerpo y dotándose de uno nuevo para luego huir del establecimiento hacia una ciudad que nunca le perteneció. Entre medio de las calles se encuentra con una de sus primas lejanas, la cual después de preguntarle sobre su madre comienza a hablar mal de las dos protagonistas, manifestando su odio y temor hacia ellas y vanagloriándose a sí misma. Entonces la protagonista señala que su prima es un ser desdichado pues su padre, un médico de renombre, “en realidad sólo de un cierto renombre, le había sacado una cantidad alucinante de órganos, hasta dejarla casi vacía.”; les habían “saqueado” sus órganos, a ella y a su hermana, dejándolas como “una cáscara”, con el fin de subir escalones en el programa médico.<sup>54</sup> Esta extirpación forzada de los órganos, o saqueo como llama la protagonista, se presenta como un fantasma y una realidad no sólo para ellas como ancianas bicentenarias, “curiches, seriadas, bajas”, sino para cualquiera que el Hospital necesite, pues la salud de la patria va primero.

---

<sup>52</sup> Real academia española: Diccionario de la lengua española, 23.ª ed., [versión 23.3 en línea]. <<https://dle.rae.es>> [noviembre 2020].

<sup>53</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada p. 60

<sup>54</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada p. 97

Esta situación se refleja de un modo similar cuando la protagonista nos narra la historia de seis jóvenes que se suicidaron “juvenilmente”, con claras pretensiones políticas en oposición al sistema hospitalario. Sin embargo, sus cuerpos fueron a parar al Hospital, donde se les arrebataron todos los órganos para repartirlos según el deseo de los médicos: “Los órganos estaban en perfecto estado y la nación (la patria) entera se congratuló por el buen destino de esos cuerpos”<sup>55</sup>. Este saqueo de los órganos es lo que denomino carneo pues, por un lado, se trata de un procedimiento sistemático y preciso en el cual se arrebatara parte del cuerpo de un ser viviente, y, por otro lado, es un proceso que transforma esa parte del cuerpo en carne, en mercancía que se introduce en la rueda del sistema económico del Hospital/patria/nación.

Al interpretar el carneo desde la postura foucaultiana, muy ligada a la biopoética, podríamos entenderlo como un proceso de normalización por parte de los dispositivos de poder (los médicos generales y las enfermeras principalmente), sólo que en vez de disciplinar o “humanizar” se “animalizan” los cuerpos de estas formas de vida diversas. Si entendemos los conceptos de lo humano y de lo animal como una ficción política, el Hospital de *Impuesto a la carne* puede ser equiparable con un “espacio de encierro/animal”, o bien, como “dispositivos donde una diversidad de vivientes son producidos, confinados y disciplinados para devenir animales, a saber, vivientes de los que se puede obtener usufructo mediante su dominio y explotación”<sup>56</sup>. Esta animalización de los cuerpos de las protagonistas se puede observar primeramente en el modo cómo ellas se tratan entre sí, pues usan una gran cantidad de comparaciones con animales, como por ejemplo batracio (“Sí, convertida en un batracio (latiendo de manera sutil) a la espera de la resurrección de mi madre”)<sup>57</sup>, papagayo, ave de rapiña, serpiente<sup>58</sup>, también cacatúa (“Me ordena que me calle, dice que no le interesa la inflamación, que la deje dormir, me dice que hablo como una cacatúa enardecida...”)<sup>59</sup>, loro (“Mi madre habla a mi lado como un loro enfermo.”)<sup>60</sup> gacela (“Mi pobre madre que dormía como una gacela en cautiverio...”)<sup>61</sup>, puerco (“Me

---

<sup>55</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada p. 135

<sup>56</sup> González, Anahí. Op. Citada p. 42

<sup>57</sup> Eltit, Diamela, Op. Citada p. 12

<sup>58</sup> Eltit, Diamela, Op. Citada p. 124

<sup>59</sup> Eltit, Diamela, Op. Citada p. 47

<sup>60</sup> Eltit, Diamela, Op. Citada p. 104

<sup>61</sup> Eltit, Diamela, Op. Citada p. 18

duele, dice, llama al médico para que me mejore la vena y me cure también este dolor en el cuello, el mismo dolor tuyo, ese de la mañana, cuando me despertaste chillando como un puerco porque te dolía el cuello.”<sup>62</sup>, perra (“O no te lo juro, te mato porque me estás obligando, sí, a matarte, perra estúpida. No estúpida, nunca usaba esa palabra ofensiva mi mamá. Me decía perra tonta. Eso me decía. Perra tonta.”)<sup>63</sup>, entre otros. Las connotaciones que subyacen la elección de los animales usados como comparaciones giran en torno, por un lado, al dolor que sufren por el carneo que les infringen los médicos y a los alaridos, quejas y lamentaciones comunes de cada ser vivo al ser maltratado físicamente (la hija se queja como una cacatúa, chilla como un puerco, o la madre habla de forma molesta como un loro) y, por otro lado, al desprecio que sienten de sus propios cuerpos, desviando con impotencia la rabia contra los médicos hacia sí mismas. De este modo, las protagonistas interiorizan la animalización que sufren por parte de los médicos y del sistema hospitalario, quien utiliza el carneo como instrumento que rompe el cuerpo humano para trozarlo en carne, consiguiendo así que los sujetos sometidos/disciplinados/animalizados se autoperciban como tal.

Por otro lado, esta animalización producto del carneo ha generado un espacio desde el cual las protagonistas pueden plantear un discurso de resistencia. De modo similar a cómo se apropian del discurso fragmentario de sus escritos, las protagonistas toman muchas veces sus cuerpos como carne/mercancía con el fin de beneficiarse económicamente con la venta, como cuando la madre piensa en rifar sus pieles con el fin de instalar las “mutuales”: “Debemos prepararnos para las mutuales y no dejes de considerar la piel, la piel, ¿me entiendes? La piel tensa, dura, resistente. Esta piel de animales que tenemos o que somos, ¿me entiendes? Rifar nuestra piel de animal. A un precio conveniente, realista.”<sup>64</sup> El concepto de las mutuales recorre gran parte de la novela como una respuesta utópica para oponerse al carneo que sufren las protagonistas y las demás pacientes y beneficiarse económicamente de sus propios cuerpos: “... me gustaría pedirle a la patria [...] que me devuelvan la sangre que me han sacado, ¿cuántos litros?, y poder vender mi sangre yo misma para invertir y tener una entrada confiable para nosotras, las dos...”<sup>65</sup>. Esta re-

---

<sup>62</sup> Eltit, Diamela, Op. Citada p. 71

<sup>63</sup> Eltit, Diamela, Op. Citada p. 175

<sup>64</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada p. 133

<sup>65</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada p. 114

apropiación de los cuerpos carneados no cumple una función de devolver la “humanidad” a las partes de los cuerpos que fueron saqueadas, ni tampoco detiene la violencia del carneo que sufren, sino que las protagonistas intentan abrazar esta nueva corporalidad cárnica con el fin de hacer una ruptura en el sistema hospitalario desde su interior, usando sus mismos códigos y reglas.

Ahora bien, es innegable las similitudes que tienen el trato de las protagonistas con las reflexiones que hace Oliver desde la postura derridiana, pues ella analiza el concepto de *trophe* y da cuenta de dos definiciones que indican cómo comemos/asimilamos al Otro: el trofeo y el alimento<sup>66</sup>. Mientras la palabra *trophe* está asociada con la alimentación y la nutrición, *trophy* está asociada con los botines de la guerra o la caza que se han transformado en monumentos; respecto a esto se pregunta Oliver:

Do we kill and eat the other for *trophe* and nourishment, or for trophy, sport, and triumph? Is our relationship with the other and with others nourishing, or is it a display of power and conquest? We can ask these questions on the literal level about hunting and killing animals or people and on the figurative level about assimilating speech and cultural conventions.<sup>67</sup>

Esta dimensión política del comer/asimilar al otro, entendido por Derrida como “un acto metonímico de interiorización de signos, lenguajes y códigos sociales”, tiene fuertes resonancias con los gobiernos de los Estados Unidos, cumbre del neoliberalismo, pues, como señala Oliver, hay una gran cantidad de políticos estadounidenses que suele expresar abiertamente su afición por la cacería, ostentando los animales que han matado, convirtiendo de este modo a la cacería en un trofeo de categorías en la retórica de la creación de una imagen política y presentando también al acto de comer carne como un signo de fuerza y fortaleza.<sup>68</sup>

Esta doble consideración del otro/animal se observa claramente en *Impuesto a la carne*, pues junto al carneo y a la dominación/sumisión casi completa al sistema hospitalario por parte de las protagonistas, ellas son convertidas por los médicos en monumentos nacionales, en trofeos: “Quieren convertirnos en ruinas nacionales. Hoy nos notificaron

---

<sup>66</sup> Oliver, Kelly. *Animals Lessons: how they teach us to be human*. New York: Columbia University Press. 2009, p. 3

<sup>67</sup> Oliver, Kelly. Op. Citada p. 126

<sup>68</sup> Oliver, Kelly. Op. Citada p. 104

que, debido a nuestros, ¿cuántos años?, ¿doscientos?, vamos a participar (fugazmente) en el festejo más emblemático (y vacío) del segundo siglo.”<sup>69</sup>; “Aunque compartimos la sala común con trece mujeres profundamente desdichadas, sólo nosotras podemos jactarnos de ser un trofeo o un memorial que le refuerza al hospital el segmento de una historia que no se puede modular.”<sup>70</sup> Esta invitación a participar en un festejo de índole nacional (que hace referencia a la celebración del bicentenario de Chile), finalmente se ve truncada por el mandato del director general del Hospital, quien planeó usar nuevamente los cuerpos de las protagonistas para someterlos a una operación cruenta con fines políticos:

Nuestra operación simétrica o simultánea se transformó en un signo y hasta en un emblema. El médico director general había vuelto (para operarnos) y eso marcaba la reanudación de las intervenciones (quirúrgicas) a lo largo y ancho del territorio. Fuimos nosotras, mi madre y yo, quienes pusimos en marcha el último plan de salud, el más cruel y opresivo. Nuestros cuerpos iniciaron una etapa propagandística para la medicina en general. Nos usaron, claro, mientras preparaban los festejos nacionales o patrióticos que estaban cruzados de desacuerdos y de engaños. Nos operaron para dilatar o diluir o evadir la magnitud de los problemas. Nos operaron como simple ornamento médico.<sup>71</sup>

El cuerpo/carne de las protagonistas se presenta tanto como una parte (quizás) esencial de la rueda económica impuesta por el Hospital/patria/nación y que vela por los intereses individualistas de los sujetos de poder, haciendo una clara alusión al sistema neoliberal instaurado a la fuerza durante la dictadura militar. Pero también el carneo que sufren se encuentra arraigado en una construcción vanagloriada, ensalzada y glorificada de los poderes políticos hegemónicos, quienes hacen una ostentación de la violencia que ejercen contra la madre/hija bicentenaria. ¿Acaso no podemos vincular el trato que sufren estas mujeres con todos los animales asesinados anualmente durante las Fiestas Patrias en nombre de la “Independencia” de Chile?

Esta animalización/deshumanización que sufren las protagonistas producto del carneo, no remite, sin embargo, solamente al modo como ellas son (auto)percibidas, sino que, tal como mencionamos en el apartado anterior, también se traduce en la fragmentariedad de la

---

<sup>69</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada p. 107

<sup>70</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada p. 144

<sup>71</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada p. 147

obra, ya sea en su disposición y ruptura genérica como en su estilo narrativo. En este sentido, las protagonistas han manifestado las consecuencias que tanto el paso del tiempo como la violencia del hospital han causado en ellas. Por un lado, está la mentalidad ambigua de la madre, quien suele aparecer como una *fan* acérrima de los médicos generales en la medida que se opone a las revueltas de la hija, pero también suele hacer reflexiones anarquistas en contra de ellos:

Es mi madre la que penetra toda la sala común y la controla. Es ella, sí, mi mamá, quien se apodera del terror y lo distribuye armoniosamente cama a cama, mi madre, la que quiere controlar y quizás amotinar a las operadas uuuuuuuu ulula mi madre en mi oído, resuena en mi cráneo, sale por uno de los orificios de mi nariz uuuuuuuu como un perro hambreado o como un perro que no se ha resignado ni a su vida ni a su muerte...<sup>72</sup>

Y, por otro lado, la hija sufre ciertas indeterminaciones en su mente que le hacen dudar sobre la historia y, en última instancia, sobre los fragmentos que escribe: “Podría ser una pesadilla, podría ser el efecto de una droga, podría deberse a la inminencia de la muerte. Algunas veces oigo voces o siento impulsos súbitos que no corresponden ni a la realidad ni menos a la edad avanzada que tengo.”<sup>73</sup> La madre/hija se presenta como una testigo poco confiable, cuyo discurso está repleto de agujeros argumentales y contradicciones, causadas tanto por la persecución y censura política/médica como por los estragos que han causado en su mente y su memoria el carneo y la edad avanzada: “No comprendo bien la espalda de la historia, su columna arrasada y torcida. En esa espalda, en uno de sus surcos, la capacidad de olvidar ha hecho estragos en la mente orificada de mi mamá hasta dejarle un agujero senil que replica en mi estado general también senil.”<sup>74</sup>

Esta condición carneada de su testimonio se observa principalmente en la indeterminación de sus voces, como en el uso del estilo indirecto libre que suele entremezclar a la madre con la hija, (con)fundiéndolas entre sí. También está el uso de onomatopeyas que simulan un alarido de dolor, a veces animal como en una de las citas anteriores<sup>75</sup>, y a veces (sub)humano: “Los enfermos vagan por los pasillos arrastrando a duras penas sus dolores, uuuuuuu uuuuuuu se quejan, renunciando a la última pizca de

---

<sup>72</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada p. 184

<sup>73</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada p. 157

<sup>74</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada p. 179

<sup>75</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada p. 184

dignidad que les resta uuuuuu uuuuuu porque les duele tanto uuuuuu y saben que los hospitales están para eso, para quejarse o para gritar de dolor, ¿no les parece?”<sup>76</sup>. Por otro lado, están las repeticiones consecutivas de frases, como si fuesen ecos fantasmales que retumbaran en la mente de la protagonista:

No sé vivir sin experimentar el castigo de la patria o de la nación o del país. Este país que no devuelve el mar, que no devuelve el mar, que se traga, se traga las olas del mar, se traga el mar. Se traga todo y por eso en cada uno de estos años y en la percepción que me provocan las horas comprendo cómo funciona el castigo de la nación o de la patria. El castigo interminable de un territorio que me saca sangre, me saca sangre, me saca sangre, me saca sangre. Que me saca sangre.<sup>77</sup>

Esta fragmentariedad y estilo influenciados por el carneo que sufren el cuerpo de las protagonistas manifiesta, por un lado, la dificultad de clasificar cabalmente esta obra dentro de algún género narrativo, sea este crónica o novela testimonial, y, por otro lado, la idea del cuerpo como texto que plantea la novela. La protagonista señala en un punto que iba a entrar en su cuerpo “como en un libro para transformarlo en memoria”<sup>78</sup> y también interrelaciona la enfermedad que trae la memoria por su “carga moral o mortal” y la alteración que sufren la funcionalidad de sus pieles<sup>79</sup>. En este sentido, la obra se vincula con la propuesta biopoética, al presentar, por un lado, un sujeto múltiple y fluctuante, inmerso en un constante proceso de subjetivación, por lo que ha roto su filiación a cualquier tipo de finitud, homogeneidad, naturaleza y, por extensión, humanidad. Y, por otro lado, su identidad construida (mejor dicho, en proceso de construcción) en base a su corporalidad sujeta y sometida a la violencia disciplinaria/animalizante del sistema hospitalario, que carnea y encierra los cuerpos cárnicos, se vincula quizás intuitivamente a una alegoría de los animales insertos en la industria cárnica/ganadera. El cuerpo/texto que construye Eltit se presenta como cuerpos cifrados, escritos para mostrar el “quiebre de la letra y la fragmentación del cuerpo y la memoria”, los cuales se expresan en el corte de la sintaxis de la obra rompiendo el carácter tradicional de lo que conocemos como novela (o crónica o novela testimonial). En *Impuesto a la carne*, entonces, “la sintaxis y el cuerpo quebrado producen un cuerpo-página que critican todo sistema de normalización, sea este político o

---

<sup>76</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada p. 140

<sup>77</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada p. 80

<sup>78</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada, p.129

<sup>79</sup> Eltit, Diamela. Op. Citada, p.37

social, como una postura que hace del cuerpo femenino una forma de resistencia”<sup>80</sup>. Añade a esto Barrientos, citando a Nancy, que esta escritura o, más bien, este acto de “escribir el cuerpo” se ubica sobre “el límite que separa pensamiento y cuerpo, produciendo un discurso acéfalo que surge del lugar de la abertura del ser, que es un espacio abierto e indefinido.”<sup>81</sup> La concepción de este cuerpo/texto o *corpus* fluctuante, heterogéneo y múltiple rompe no sólo con las identidades institucionales del sexo/género o de lo nacional, sino también la propia idea antropocéntrica del ser humano y del animal, presentando un personaje en crisis que utiliza la escritura literaria fragmentaria para “escribir su cuerpo” y, de este modo, intentar oponerse a la asimilación o a ser devorada por un sistema cárnico hospitalario que le arrebató su humanidad mediante el carneo.

En este sentido, la construcción fragmentaria de este sujeto texto que se manifiesta desde su disposición en fragmentos implicados entre sí, como a través de la fragmentación de la narración y de marcas que evidencian el dolor y el trauma como las onomatopeyas y las repeticiones, hacen una deconstrucción profunda de las identidades instauradas por el biopoder (el hospital/Estado/nación/patria), convirtiendo esta novela en la literatura que Julieta Yelin define como “una máquina de pensar lo viviente como continuo que se desliza bajo el lenguaje y que resiste, entre otras, la violencia taxonómica del discurso de la especie”<sup>82</sup>. El carneo como proceso institucional y sistemático de tortura que animaliza los cuerpos ha permitido que las protagonistas replanteen tanto sus identidades como sus medios de resistencia, por lo que buscan experimentar a través de la escritura del cuerpo un modo de poner en crisis la sujeción o sometimiento del Hospital. El carácter animal de carne y de trofeo impuesto sobre el cuerpo de estas mujeres es puesto en crisis y utilizado en contra del sistema a partir de la apropiación de un discurso/escritura de resistencia que libera los cuerpos.

---

<sup>80</sup> Barrientos, Mónica. Op. Citada, p.18

<sup>81</sup> Barrientos Olivares, Mónica. “‘El reclamo de la herida’. Textualidades corporales en la obra de Diamela Eltit.” Tesis Doctoral. Universidad de Pittsburg, 2015, p.145

<sup>82</sup> Yelin, Julieta. “Leer y escribir la vida. Aproximaciones a una perspectiva biopoética.” *Literatura: teoría, historia, crítica*. Vol. 21, N°1 (2019): p. 327

### **Algunas consideraciones finales**

La novela *Impuesto a la carne* ciertamente tiene una complejidad que permite distintos niveles de lectura e interpretación, pues fue escrita desde un sentido alegórico que responde a una postura política. No podemos ignorar ni el título de la obra (el cual remite directamente a la matanza obrera y a la huelga de la carne de 1905) ni que fue publicada el año 2010 mientras el gobierno de turno vitoreaba el bicentenario de la patria. En este sentido, el mundo construido en la novela presenta una crítica contundente hacia al relato progresista del sistema capitalista neoliberal, puesto que se evidencia cómo éste depreda/carnea los cuerpos de sus ciudadanos y ciudadanas (las ancianas bicentenarias, las pacientes, los jóvenes suicidas), transformándoles sus órganos y su sangre en mercancía o carne que es consumida por el Sistema; sumado a esto, la obra expresa de modo magistral cómo este carneo es utilizado como herramienta o medio de animalización de los cuerpos, fragmentándoles sus identidades, sus cuerpos, y con ellos, sus discursos de resistencia. En este sentido, la novela de Eltit se inscribe quizás intuitivamente en el paradigma posthumanista, pues replantea y retrata cómo se llevan a cabo las relaciones interpersonales entre “humanos animalizados”, subyugados, marginalizados y sujetados, y los humanos pertenecientes al círculo de poder hegemónico.

Podemos afirmar que existen cuestionamientos a las categorías de lo humano y de lo animal, en tanto la autora presenta que sólo faltan establecimientos e instituciones disciplinarias/animalizadoras para romper los cuerpos y las identidades consideradas humanas. No sólo la transformación de los cuerpos en carne y en mercancía a través del saqueo de órganos y el robo y venta (i)legal, sino que también la declaración oficial de que las protagonistas son “ruinas nacionales o trofeos” evidencian de manera clara el procedimiento de la animalización de los sujetos y, por consiguiente, la fragilidad de la concepción de “lo humano”.

Aunque estos no sean los temas centrales de la novela, considero pertinente las declaraciones de Julieta Yelin al considerar dentro de las obras latinoamericanas que

responden a una nueva estética biopoética, pues hay una vinculación estrecha entre las reflexiones sobre las categorías de “lo animal y lo humano” con el argumento de la novela y, a su vez, con el modo cómo fue escrita. No sólo su disposición fragmentaria en 63 fragmentos sin títulos o su narrativa ralentizada por las constantes digresiones que dificultan la lectura, sino que la imposibilidad de clasificar esta novela dentro de algún tipo de tradición literaria como la testimonial o la crónica y la fragmentariedad del discurso literario, interrumpido constantemente por repeticiones de frases, interjecciones y, cerca del final, de onomatopeyas, reflejan una instalación de una literatura que rompe constantemente el pensamiento literario establecido por el canon para abrir un nuevo rumbo a través de las letras. Esta apertura del horizonte literario forja una estrecha relación con la apertura de un cuerpo que, al igual que el testimonio de la madre/hija, fluctúa e intenta rehuir la sujeción oficialista del poder capitalista neoliberal; a pesar de encontrarse perseguidas y bajo el acecho depredador de los médicos, las protagonistas consiguen escribirse sus propios cuerpos e introducirlos dentro de un discurso de resistencia que es igualmente perseguido y depredado. Desde un postura biopoética, entonces, la novela consigue escribir/construir un concepto en constante disputa consigo mismo y con el ambiente biopolítico, mediante el uso de un estilo literario fragmentario repetitivo, onomatopéyico, repleto de digresiones e inaprehensible genéricamente.

Por último, quisiera recalcar la función del carneo dentro de las medidas animalizadoras que utilizan los “médicos generales” dentro de la novela. Me llama la atención las constantes reflexiones sobre la corporalidad que hacen las protagonistas gatilladas por este saqueo violento de sus órganos. Por un lado, este trato “de lesa humanidad”, similar al que realizaron los militares posterior al año 1973, moldea las subjetividades de las protagonistas, fragmentando sus identidades y sus ideologías anarquistas hasta casi convertirlas en sujetos sumisos al poder hospitalario, neoliberal y antropocéntrico, que les “robó su humanidad”. Y, por otro lado, fue gracias a esto que las protagonistas pudieron instalarse con una forma de resistencia a través del testimonio/escritura marginal, desatado, que buscaba oponerse a esta sujeción animalizante que las trataba como alimento y trofeo para escribirse a sí mismas como sujetos de resistencia, oponiéndose al Hospital hasta su muerte y encontrando en la escritura una forma de sanar sus cuerpos carneados; como diría

Calarco, el animal no deje de resistir aun cuando ha sido reducido a mera carne en nuestros platos.

## Bibliografía

- Barrientos Olivares, Mónica. “‘El reclamo de la herida’. Textualidades corporales en la obra de Diamela Eltit.” Tesis Doctoral. Universidad de Pittsburg, 2015
  - “Cuerpos anarcobarrocos en *Impuesto a la carne* de Diamela Eltit”. *Hispanamérica*. 126 (2013): pp. 11-17.
- Eltit, Diamela. *Impuesto a la carne*. Santiago de Chile: Seix Barral. 2010.
- Fallas Arias, Teresa “*Impuesto a la carne*: la irrupción de una escritura antiedípica y anárquica, desde la abyección del cuerpo femenino”. *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica*. Vol. 39, n°1 (2013): pp.179-189.
- González, Anahí Gabriela. “Cuerpos (animales) que importan. Apuntes provisorios sobre la muerte del Hombre” *Anacronismo e irrupción*. Vol. 8, n° 15 (2018): pp. 33-55.
- Mora, Vicente Luis. “Fragmentarismo y fragmentalismo en la narrativa hispánica”. *Cuadernos Hispanoamericanos*. 783 (2015): 91-103.
- Moraña, Mabel. “Documentalismo y ficción: testimonio y narrativa testimonial hispanoamericana del siglo XX”. *Momentos críticos: literatura y cultura en América Latina*. Bogotá: Universidad de los Andes, 2019, pp. 85-121.
- Niebylski, Dianna. “Blood Tax: Violence and the Vampirized Body in *Impuesto a la carne*”. *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, Vol. 15 (2011): pp. 107-121.
- Oliver, Kelly. *Animals Lessons: how they teach us to be human*. New York: Columbia University Press. 2009.
- Palau-Sampio, Dolors. “Las identidades de la crónica: hibridez, polisemia y ecos históricos en un género entre la literatura y el periodismo”. *Palabra Clave*, 21 n°1 (2018): pp. 191-218.

- Paschen, Hans. “La ‘novela-testimonio’ – rasgos genéricos”. *Iberoamericana* (1977-2000). N°3/4, 51-52 (1993): pp. 38-55.
- Rodrigo-Mendizábal, Iván Fernando. “*Impuesto a la carne: memoria del desastre*”. *Perífrasis*. Vol. 6, N°12 (2015): pp. 10-25.
- Scarabelli, Laura. “*Impuesto a la carne* de Diamela Eltit. El cuerpo-testigo y el contagio de lo común”. *Kamchatka*. N°6 (2015): pp. 973-988.
- Subercaseaux Sommerhoff, Bernardo. “Perros y literatura: condición humana y condición animal” *Atenea*. 509, (2014): pp. 33-62.
- Yelin, Julieta. “Leer y escribir la vida. Aproximaciones a una perspectiva biopoética.” *Literatura: teoría, historia, crítica*. Vol. 21, N°1 (2019): pp. 321-336.
  - “Sobre la literatura de animales. Apuntes para una crítica indiscriminada” *Revista Latinoamericana de estudios críticos animales*. Vol. 1 (2015): pp.15-34.
  - “Biopoéticas para las biopolíticas. Una introducción” *Uni(+di)versidad*. N° 3, (2015).